





LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Los horrores de la primera
guerra total

CARLOS SANZ DÍAZ

La Primera Guerra Mundial. Los horrores de la primera guerra total

© Carlos Sanz Díaz, 2017

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2024

Shackleton
— b o o k s —

   @Shackletonbooks
shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño: Kira Riera

Maquetación: reverté-aguilar

© Fotografías: todas las imágenes son de dominio público a excepción de las de Dove [GFDL, CC-BY-SA-3.0 o CC BY-SA 2.5-2.0-1.0]/Wikimedia Commons; Everett Historical/Shutterstock; [CC BY-SA 4.0]/Wikimedia Commons.

ISBN: 978-84-1361-309-3

Depósito legal: B 22326-2023

Impreso por EGEDSA (España).

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Introducción	7
De la paz a la Gran Guerra	13
Las tensiones internacionales	22
El estallido de la guerra	32
Las campañas de 1914	40
El estancamiento de los frentes	47
Las campañas en ambos frentes	55
Las campañas del frente oriental	63
Nuevos beligerantes y nuevos escenarios	68
Las batallas de Verdún y el Somme	84
La ofensiva Brusilov	88
Un año crítico: el desgaste de los contendientes	93
Llamamientos a la paz	97
Las ofensivas de la primavera de 1917	101
Estados Unidos entra en la guerra	104
Revolución en Rusia: hacia el desfondamiento del frente oriental	112
Las batallas de Passchendaele y Caporetto	118
Las últimas campañas y la paz precaria	123
El contraataque aliado y el desfondamiento de las Potencias Centrales	132
La negociación de la paz	144
El legado de la Primera Guerra Mundial	157

Apéndices	167
Mapas	168
Conceptos clave	173
Cronología	181
Bibliografía general	190

Introducción

Para los contemporáneos fue la Guerra del 14 o la Gran Guerra; para generaciones posteriores, la Primera Guerra Mundial. La mayor carnicería en masa perpetrada hasta ese momento por el ser humano, en cualquier caso, sacudió profundamente las estructuras políticas, económicas y sociales del planeta a escala global. De hecho, para muchos historiadores el siglo XX comenzó en aquel verano de 1914 que trajo sobre el mundo el azote de la guerra, así como la revolución y los fascismos, dando inicio a una «edad de las catástrofes» (como la denominó el historiador Eric Hobsbawm) erigida sobre las ruinas del derrumbe de la civilización occidental del siglo XIX. La intensidad y duración del conflicto alcanzaron cotas desconocidas e insospechadas, y aunque fueron los beligerantes quienes sufrieron las consecuencias más directas, apenas hubo rincón del planeta que no se viera afectado por la guerra.

La propia magnitud del conflicto nos da una idea de su impacto. A lo largo de los cuatro años, tres meses y veinticuatro días que duró la guerra lucharon

cerca de 60 millones de soldados, de los que morirían unos 9 millones de combatientes, así como un millón de civiles, cifras que algunos aumentan a un total de 13 millones si sumamos las muertes causadas por la guerra civil rusa (1917-1923), íntimamente conectada con la Gran Guerra. La cifra de heridos y desaparecidos se acercó a los 30 millones. Los frentes de batalla se extendieron a lo largo de decenas y centenares de kilómetros y todas las grandes potencias del momento participaron en la guerra, algo que el mundo no había conocido desde el final de las guerras napoleónicas, un siglo atrás. En el Viejo Continente fueron catorce los países beligerantes, lo que incluía a seis grandes imperios. Cuatro de ellos —el ruso, el austrohúngaro, el alemán y el otomano— no sobrevivieron al conflicto, mientras que los otros dos —el británico y el francés—, aunque vencedores, salieron debilitados. En el escenario europeo solo España, Suiza, los Países Bajos y los países escandinavos permanecieron neutrales. Fuera del Viejo Continente se vieron también implicados colosales como China o Estados Unidos, potencias ascendentes como Japón, así como los imperios coloniales europeos, que fueron a la vez retaguardia estratégica y campo de batalla.

La Gran Guerra se dirimió en combates en tierra, mar y aire, que se desencadenaron en las cuatro

esquinas del globo, y que se libraron con las más modernas invenciones tecnológicas producidas por la industrialización, puestas al servicio del asesinato en masa. Tanques, aviones, submarinos, buques de guerra acorazados, cañones de calibre y alcance cada vez mayor, obuses, ametralladoras, lanzallamas, gases asfixiantes..., no hubo mecanismo para acabar con la vida humana que no fuera empleado en el conflicto. Las poblaciones se vieron afectadas como nunca antes, en el frente y en la retaguardia. Hombres, mujeres y niños sufrieron en mayor o menor medida las consecuencias, no solo por los combates y la pérdida de seres queridos, sino también por la escasez y el racionamiento, por la exposición a la propaganda bélica y a la censura, así como por la extensión del poder inmenso de los ejércitos y los estados sobre las existencias anónimas de combatientes y civiles.

Una de las mayores paradojas de la Gran Guerra es que fueran las grandes potencias europeas, que habían entrado en el siglo XX en la cima de su poder, dominando los mayores imperios coloniales de la historia y encabezando las esperanzas de progreso científico, social y moral de la Humanidad, las que acabaran liquidando su propia supremacía, abriendo así el camino hacia su decadencia. Tanto los contemporáneos como los historiadores no han dejado de preguntarse cómo pudieron los países más avanzados

y cultos del planeta lanzarse a una guerra fratricida y enormemente cruel, que los desangró y que acabó arrastrando al resto del mundo. Sea como fuere, para todos fue obvio que con los primeros cañonazos de la guerra estaba acabando una larga época de paz, prosperidad y confianza en el futuro. El ministro de Asuntos Exteriores británico, sir Edward Gray, expresó esta convicción cuando comentó a un amigo en vísperas de la entrada del Reino Unido en la guerra: «Las lámparas se están apagando en toda Europa; no las volveremos a ver encendidas en nuestra vida». De hecho, un ciclo histórico de cuatro siglos, que había llevado a la supremacía mundial de las naciones europeas, estaba tocando a su fin.

La guerra se llevó por el camino muchas estructuras económicas y sociales atrasadas y fue la cuna de fenómenos fundamentales del siglo XX, tan diversos como los fascismos, la revolución bolchevique, los avances en la emancipación de las mujeres o los procesos de descolonización en Asia y África. Por efecto del conflicto cayeron monarquías centenarias e imperios multinacionales, y se forjaron en Europa nuevos Estados-nación, muchos de ellos con fronteras contestadas y con problemas entre sus minorías nacionales, pero dotados de instituciones democráticas inspiradas por una nueva era liberal que se abrió camino en 1918. El viejo mundo aristocrático, que

tan bien reflejaban las novelas del escritor austríaco Joseph Roth, como *La cripta de los Capuchinos* o *La marcha Radetzky*, conoció un ocaso definitivo. El futuro pertenecía a los movimientos de masas, fortalecidos con la extensión del sufragio universal, un derecho que muchos gobiernos se vieron obligados a conceder a su población como compensación por la movilización en el conflicto.

Para esas masas y para muchos de sus dirigentes, la del 14 debía convertirse en la guerra que acabara con todas las contiendas. ¿Cómo evitar que se repitiese una catástrofe así? Buena parte de la Humanidad confió en que la respuesta estuviera en la Sociedad de Naciones, surgida del conflicto como la primera organización internacional de carácter universal, a la que las potencias vencedoras encomendaron el noble fin de garantizar la paz, el desarme y la colaboración entre los pueblos. Que solo veinte años después de la firma de los tratados de paz que pusieron fin en 1919 a la Gran Guerra el mundo se hundiera de nuevo en una debacle de proporciones y consecuencias todavía mayores fue una demostración no solo del fracaso de la Sociedad de Naciones, sino también de que la profunda quiebra moral que la Gran Guerra había dejado en el mundo no se había cerrado con armisticios y tratados: los efectos de aquel conflicto continuaron proyectándose durante décadas sobre los

contemporáneos y las generaciones posteriores, y su eco en gran medida se prolonga hasta nuestros días.

En este libro nos adentraremos en las causas que llevaron a la Primera Guerra Mundial, en el desarrollo de las operaciones bélicas y en las consecuencias del conflicto. Comenzaremos presentando a las grandes potencias que dominaban las relaciones internacionales en 1914 y los motivos de sus enfrentamientos. Continuaremos con las fases que atravesó el conflicto: la guerra de movimientos en 1914, el estancamiento de los frentes europeos en 1915 y 1916, la crisis del año 1917 y el retorno a las grandes ofensivas en 1918, que dieron la victoria final a las potencias de la Entente. Por último, analizaremos las consecuencias del conflicto a corto, medio y largo plazo. En nuestro recorrido atenderemos no solo a las operaciones militares sino también a las implicaciones políticas, económicas, sociales y culturales de la guerra, que afectaron tanto a los soldados como a los civiles, y no solo en los países beligerantes sino en todo el planeta. De este modo esperamos ofrecer una visión global de la que se considera como la primera guerra total de la historia.

De la paz a la Gran Guerra

~ 1885-1914 ~

Las grandes potencias en 1914

En los años previos a la Primera Guerra Mundial, la política internacional estaba dominada por un puñado de grandes potencias, no muy diferentes de las que habían protagonizado el juego de la diplomacia y la guerra a lo largo del siglo XIX. Entre ellas destacaba el Reino Unido, que había disfrutado de una posición singular. Primera nación industrializada del planeta y durante décadas el auténtico «taller del mundo», el país había forjado el mayor imperio colonial sobre la faz de la tierra, unas posesiones que mantenía cohesionadas y bajo control gracias a la hegemonía en los mares de la *Royal Navy*.

Durante el largo reinado de la reina Victoria (1837-1901), coronada emperatriz de la India, los británicos habían consolidado su liderazgo en el comercio y las finanzas internacionales, que tenían en la solidez de la libra esterlina y la City de Londres

su representación más icónica. La monarquía parlamentaria había sabido adaptarse para ampliar la representación del sistema político y dar cauce a las aspiraciones de un amplio movimiento obrero basado en los *trade unions* o sindicatos. En el interior, el principal desafío al que se enfrentaba Londres en vísperas de la guerra era el movimiento independentista de Irlanda. En el exterior, el Reino Unido disfrutaba de los beneficios de la *Pax Britannica* conquistada tras las guerras napoleónicas, gracias a la fortaleza de su marina de guerra y a la división de las potencias de la Europa continental. Londres podía permitirse un «espléndido aislamiento» —como se conocía a la doctrina que definió la política exterior del Imperio británico a finales del siglo XIX— que le ahorraba verse enredado contra su voluntad en los conflictos de otros países. Sin embargo, las dificultades que encontraron en la segunda guerra de los Bóers (1899-1902), en Sudáfrica, y la amenaza que representaba la posición ascendente de Alemania en el tablero mundial, llevaron a los británicos a replantearse las ventajas y los costes de su soledad internacional.

En efecto, el Imperio alemán del káiser Guillermo II era el principal poder en ascenso en la Europa de comienzos del siglo XX. El país se había sumado tardíamente al grupo de las grandes potencias al consumir su unidad nacional en 1871 bajo la égida de

Prusia y de su Canciller de hierro, Otto von Bismarck. Desde entonces, los alemanes no habían dejado de incrementar su poderío, basado en el desarrollo industrial y científico-técnico, en una demografía dinámica y en una probada capacidad militar. Hasta 1880, Alemania se había mostrado como una potencia contenida, con intereses circunscritos al continente europeo y sin apenas apetencias coloniales, pero, desde su ascenso al trono en 1888, Guillermo II embarcó a su país en una política de ambiciones mundiales, una *Weltpolitik* que amenazó la hegemonía británica e inquietó al resto de potencias por sus objetivos en los escenarios europeos y ultramarinos. Las aspiraciones alemanas solo podían satisfacerse alterando profundamente el equilibrio europeo, por lo que se convirtieron en una de las causas directas que llevarían a Europa a la guerra en 1914.

En el continente europeo solo Francia y, en menor medida, Rusia, podían ejercer un contrapeso al ascendente poder alemán. La Tercera República francesa había surgido como régimen político precisamente tras la derrota contra los alemanes en la guerra de 1870. Aquella debacle había liquidado al Segundo Imperio francés de Napoleón III y había arrebatado al país las regiones de Alsacia y Lorena, que el *Reich* ('imperio') alemán se anexionó en 1871 como botín de guerra, generando un motivo permanente de agravio.

El revanchismo de Francia contra los alemanes se compensó a finales de siglo gracias a las posibilidades abiertas por la aventura colonial, que había llevado a los franceses a establecer su dominio sobre Indochina y sobre extensos territorios de África. De hecho, lograron erigir el segundo mayor imperio colonial del planeta. Pese al poderío de su ejército y su armada y a su sólida posición económica y financiera, Francia era una potencia debilitada por la división política, que enfrentaba a una derecha tradicional, católica, nacionalista y monárquica con una izquierda progresista, democrática, laica y anticlerical. El caso Dreyfus (1894-1906), que movilizó a ambas facciones por la condena injusta a este oficial judío francés acusado de traición, demostró la profundidad de las divisiones internas de la sociedad francesa y las dificultades para cohesionar a la nación en torno a objetivos comunes tanto en el interior como en la política internacional.

Al otro extremo del continente, el Imperio ruso del zar Nicolás II (1894-1917) era la más atrasada de las grandes potencias y se hallaba muy alejada políticamente de la Europa liberal. Sin embargo, desde la última década del siglo XIX se hallaba inmersa en un proceso acelerado de modernización e industrialización que acarreó importantes consecuencias sociales y políticas. La dinastía Romanov gobernaba

sus inmensos territorios bajo los principios de la más estricta autocracia, apoyada en la aristocracia y la burocracia imperial, en una Iglesia ortodoxa íntimamente vinculada al Estado, y en la policía secreta, la temida *Ojrana*. En 1905, la contundente derrota sufrida por Rusia en la guerra contra Japón obligó al zar a hacer concesiones a la *intelligentsia* (intelectuales y sectores progresistas) y a liquidar el absolutismo. Nicolás II convocó una Duma o parlamento en la capital, San Petersburgo, y confió el poder a ministros reformistas como Piotr Stolypin. Pese a ello, el país no logró resolver el problema de su campesinado desposeído y hambriento de tierras, ni encauzar el desafío de los grupos socialistas y anarquistas. A la vez, la solidez del imperio y su capacidad militar planteaban muchas incógnitas, que las ambiciones de expansión rusa en los Balcanes no hacían más que alimentar. Todo ello sembraba de incertidumbre el futuro del zarismo.

Los planes de Rusia chocaban necesariamente en la península balcánica con los del Imperio austro-húngaro, el gran Estado centroeuropeo gobernado por la dinastía de los Habsburgo. Bajo el emperador Francisco José I (1848-1916), Austria-Hungría había consolidado y ampliado sus extensas posesiones, a la vez que veía industrializarse algunos de sus territorios —en especial en la parte occidental—, mientras

otros permanecían anclados en la economía campesina tradicional. Desde 1867, Austria-Hungría estaba organizada como una monarquía dual que daba un poder similar a los dos grupos mayoritarios del imperio, el de la población austriaca de lengua alemana y el de los magiares o húngaros. Sin embargo, con este arreglo el imperio no había logrado resolver el formidable desafío que representaban los movimientos nacionalistas disgregadores, representantes de las etnias que no gozaban del mismo nivel de autogobierno. Checos, eslovacos, polacos, rutenos, rumanos, croatas, serbios, eslovenos, bosnios e italianos eran solo algunos de los pueblos principales que habitaban el imperio multinacional regido desde Viena y Budapest y cuyas elites, en mayor o menor medida, cuestionaban la cohesión del viejo edificio imperial. Entre los desafíos planteados por el nacionalismo, el más amenazador era el que suscitaba Serbia, país independizado del Imperio otomano en 1878 que aspiraba a unir en torno a sí a todos los eslavos del sur —incluyendo a los croatas, eslovenos, serbios y bosnios sometidos a los Habsburgo—, un peligro que Viena trató de conjurar extendiendo su poder sobre los Balcanes.

Las aspiraciones rusas y austrohúngaras sobre esta región europea se vieron animadas debido a que la potencia predominante durante siglos en la zona,

el Imperio otomano, estaba en fase de declive. Aquejado de un atraso evidente e incapaz de emprender reformas imprescindibles —pese a la acción de movimientos como el de los Jóvenes Turcos, que se hicieron con el poder en 1908—, el que se conocía como «el hombre enfermo de Europa» apenas podía mantener el control de sus extensas posesiones a caballo entre Asia, África y el continente europeo. Este hecho alimentó las ambiciones de las demás potencias, ansiosas por repartirse los territorios que no pudiera controlar Estambul (conocida también por sus nombres históricos de Constantinopla y Bizancio) y, en especial, por controlar los estratégicos estrechos del Bósforo y los Dardanelos, que guardaban la salida del mar Negro al Mediterráneo.

En el centro de este mar, y con moderados intereses balcánicos, Italia era, en fin, la menor de las grandes potencias. Al igual que Alemania, Italia había conquistado tardíamente la unidad nacional, aunque compensaba este hecho haciendo exhibición de un notable dinamismo económico y demográfico. Sin embargo, también sufría enormes diferencias socioeconómicas entre el norte urbano e industrial y el sur agrícola y atrasado. Bajo la monarquía de los Saboya, la Italia liberal de Giovanni Giolitti (1903-1912) se sumó a la política de las grandes potencias alentando ambiciones coloniales en el Mediterráneo y

***Belle Époque* y fin de siglo**

Para la población que conoció los horrores de la guerra, el período previo presentaba todos los rasgos positivos de una *belle époque* ('bella época'), una edad dorada de progreso, confianza y despreocupación. El escritor judío y austríaco Stefan Zweig hablaba de la «era de la seguridad», y sin duda la mayor parte de la población compartía la convicción de que el futuro solo podría traer mayores cotas de prosperidad y desarrollo. En las artes se abrían camino el Modernismo, el *Art Nouveau* francés, el *Jugendstil* alemán y la Secesión vienesa. Londres, París, Viena y Berlín rivalizaban como modernas metrópolis y faros culturales que atraían a los más destacados artistas, científicos e intelectuales. La cultura burguesa estaba en su apogeo y una incipiente sociedad de consumo se expresaba en grandes almacenes comerciales, carteles publicitarios, la prensa popular, las novelas por entregas y folletines, y el más popular de los entretenimientos modernos, el cinematógrafo. Los avances

prolongando su alianza, establecida a finales del siglo anterior, con los imperios alemán y austrohúngaro.

Fuera del Viejo Continente, dos potencias estaban en claro ciclo de ascenso en los años previos a la Gran Guerra. En América, Estados Unidos había